



BIBLIOTECA FILMS
EN LAS GARRAS DE LA DUDA



Núm. 4

Leda Gys y Capozzi

50 cénts.

FILMS DE AMOR

— DE —

BIBLIOTECA FILMS

Redacción y Administración:

CALABRIA. 96

Teléfono 173 H

Imprenta: Villarroel, 12 y 14

Año I

BARCELONA

Núm. 4

50 céntimos

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

En las Garras de la duda

0

El Calvario de una Esposa

©

Exclusiva:

Italia América - Films (Jaime Costa)
Consejo de Ciento, 322, Entlo. - Barcelona

©

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

En las Garras de la duda

o
El Calvario de una Esposa

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Julia de Leblanc Leda Gys
Luciano Leblanc Alberto Capozzi

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

I

UNA FAMILIA FELIZ

El industrial Luciano Leblanc—hombre bueno, inteligente y hacendoso, que a fuerza de trabajo y economía ha logrado conquistar una envidiable posición social—, ha reunido en su casa a sus amigos y deudos para celebrar la suerte que ha tenido en ser investido con el honroso cargo de Diputado a Cortes.

Su bondadoso corazón rebosa de contento, al verse rodeado de aquellos en quienes él ha depositado sus afectos más puros: su esposa Julia, a quien siempre ha amado con un amor

purísimo y desinteresado, siempre tan buena, tan cariñosa y de una deslumbradora hermosura; sus buenos y fieles amigos que siempre le han ayudado en sus trabajos y le han animado a ocupar la situación y el alto cargo que ha alcanzado; y, entre todos sus amigos, uno, el más íntimo, Roberto Wells, para el que nunca tuvo secretos.

Luciano Leblanc está rodeado de un grupo de amigos, quienes le felicitan por su investidura de prócer de la Patria.

—Amigo Leblanc—dice uno—, en tu rostro irradia la felicidad.

—Sí, ¿por qué negarlo?... Soy feliz porque tengo fe en las almas sencillas; creo en el amor de mi esposa Julia, modelo de virtudes, verdadero ángel custodio de la felicidad y el honor de mi hogar. Creo en la amistad, porque de ella y de su lealtad me han dado pruebas mis amigos y, en particular, mi íntimo Roberto Wells.

—¿Quién no te quiere a ti, Luciano?—observó Roberto Wells.

—Soy feliz—prosiguió Luciano Leblanc— porque creo en el porvenir de nuestra Patria, pues el pueblo, al darme su confianza, me obligó a velar por sus sagrados intereses.

Luciano Leblanc no sería tan feliz si supiera que Roberto Wells, a quien aquél tiene por su más fiel amigo, siente una violenta y mal-

sana pasión por su esposa, la hermosa Julia. Desde hace tiempo, Julia se ha dado cuenta de la pasión que por ella siente Roberto, quien, bajo capa de amigo de Luciano, frecuenta la casa.

Julia de Leblanc, como esposa digna y honradísima, evitaba cuanto podía la presencia de Roberto y nunca le daba más pruebas de amistad que las de una estricta cortesía.

Durante la reunión de aquella noche, Roberto Wells no perdía de vista a la hermosa dueña de la casa.

Mientras Julia conversaba en el salón con algunas de sus amigas, acercósele su hermano Alfredo Garnier—joven ingeniero que gusta dedicar su juventud a los goces frívolos de la vida—y le entregó una carta, diciendo a su hermana:

—Julia, creo que desean pronta contestación.

Dijole, separóse a un extremo del salón y contempló a su hermana observando qué efecto le produciría la lectura de la misiva. Julia solicitó permiso a la señora con quien hablaba, la que se retiró y leyó la carta que transcribimos:

Mi buena hermanita: Si quieres evitar que tu hermanito se vea en el triste trance de ir a la cárcel por deudas, te suplico que me prestes

tres mil pesetas que se me ha llevado el maldito tapete verde.

Salva a tu hermano

Alfredo.

P. D. Si accedes a dárme las, tócate la nariz, en señal de asentimiento, porque necesito saberlo ahora mismo.

Cuando Julia terminó de leer esta carta arrugó el entrecejo; pero miró a su hermano y al notar que la observaba con aire compungido, tuvo la debilidad de reirse y, aunque quiso resistir aquel sablazo, la cara simpática de su hermano la obligó a acceder a su petición y tocó la nariz con su mano.

II

LA PARTIDA

Al día siguiente:

—Julia, es indispensable que esta noche salga para Londres.

—¿Ya tenemos otro viaje de negocios?

—Sí, Julia; mis negocios exigen mi presencia en la capital de Inglaterra.

—¿Por mucho tiempo?



Luciano Leblancha reunido en su casa a sus amigos...

—Eso depende...; pero antes de seis meses no estaré de vuelta. Para que no te quedes tan sola, pediré a tu hermano Alfredo que venga a vivir aquí a tu lado. De modo que tendrás la compañía de nuestra hijita Marcela y de tu hermano.

—Aquí tienes a Alfredo.

En efecto, el hermano de Julia acababa de entrar. Luciano le dijo:

—Precisamente ahora hablábamos de ti.

—Ya se sabe—replicó Alfredo—, en nombrando al Rey de Roma... ¿Hablabais mal de mí?

—Esta noche salgo para Londres, Alfredo, y he determinado que tú vengas a vivir al lado de tu hermana para que seas el compañero de sus paseos y teatros... Digo, si a ti no te molesta.

—¿Quieres callar?... Te prometo que la protegeré contra todo y contra todos—dijo Alfredo extendiendo su brazo diestro sobre la cabeza de su hermana.

—En ello confío... Vamos a ver a Marcela y luego procederé al arreglo de mi equipaje.

Ambos esposos y Alfredo fueron al dormitorio donde, en una lujosa cunita, dormía una preciosa niña de pocos meses. La fresca sonrisa angelical de aquel bebé, compendiaba para aquellos felices esposos, toda la alegría de la vida.

Luego dirigiéronse los tres al despacho de Luciano. Este, señalando una cajita metálica que sacó de su secreter, dijo a su esposa:

—A mi llegada a Londres, te escribiré dándote instrucciones sobre el destino que debes dar a esta cantidad.

Luciano, al decir esto, abrió la caja, mostró

a su esposa dos abultados fajos de billetes de a mil que volvió a depositar en la cajita, la cerró con llave y depositó ésta en uno de los cajones del secreter, diciendo:

—Hay cien mil pesetas... Aquí te dejo la llave.

—Está bien.

Aquella misma noche Luciano Leblanc se puso en camino para Londres y Alfredo Garnier quedó instalado en casa de su hermana.

III

CONSECUENCIAS DEL JUEGO

Pasaron unos días al cabo de los cuales el semblante de Alfredo se iba ensombreciendo con una tristeza mortal. Su hermana notó aquel cambio y díjole:

—Noto, Alfredo, que desde hace algunos días has cambiado radicalmente...

—¿Yo?!

—A ti te pasa algo... Es inútil que disimules.

—Fantasías tuyas.

—Tú no sabes disimular y de poco tiempo a

esta parte, tu carácter ha sufrido un cambio radical.

—Vamos, Julia, no sé con qué ojos me miras.

Discutiendo estaban los dos hermanos, cuando una sirvienta anunció la visita de Roberto Wells.

—Que pase—ordenó Julia de mal talante, pues siempre le era molesta la presencia de aquel hombre que no podía hablar con ella sin hacerle manifestaciones de cariño que a ella le asqueaban.

—Me voy—manifestó Alfredo.

—No, tu presencia es indispensable aquí.

Entró Wells.

—Buenos días, Julia—saludó, alargándole la mano—, ¿cómo está usted?

—Bien, gracias, ¿y usted?

—¡Buenos días, Alfredo!

—Sea usted bienvenido, señor Wells.

—¿Qué vientos le traen por aquí?—preguntó Julia.

—He recibido esta carta de mi amigo Luciano—contestó Wells, sacando del bolsillo una carta—y como creo es urgente su contenido y... *teniendo verdaderos deseos de ver a usted*, me he apresurado a visitarla.

Pronunció Roberto Wells estas últimas frases con marcada intención y flechando a Julia con una mirada penetrante.

—A ver qué dice.

Julia tomó la carta y leyó en voz alta:



...y con el ramó le cruzó la cara varias veces (p 25)

Querida Julia: Mis enemigos políticos quieren sacar partido de que poseo una cantidad perteneciente a los industriales afectados por

un reciente decreto. Te suplico, pues, que al recibo de ésta, entregues a mi amigo Roberto las cien mil pesetas de que te hablé al marchar. El las devolverá a sus propietarios para dar por terminada esta campaña.

Te abraza tu esposo

Luciano.

Mientras Julia leía esta carta, no notó ella que su hermano Alfredo había quedado lívido como la cera. En su semblante reflejábanse un inquietante misterio que no pasó desapercibido para Wells. Diríase que aquella carta constituía una amenaza para Alfredo.

Levantóse Julia, fué al despacho de su esposo, abrió la cajita metálica y quedó árida de terror. Aquella importante cantidad que representaba la vindicación de su marido ante sus enemigos había desaparecido. ¡Horror!... Acaso, su hermano... «Sí, sí,—pensó—ese es el motivo de su profunda tristeza, de su cambio de carácter...» Quedó un momento pensativa bajo la idea aterrador de semejante contingencia y al cabo de un momento volvió al salón donde habían quedado Alfredo y Wells.

—Dispense, señor Wells—se excusó Julia—.

Alfredo, ven un momento.

Salió Alfredo y cuando estuvieron solos los dos hermanos, Julia le dijo:

—Alfredo, de esta caja han desaparecido cien

mil pesetas... Has sido tú, sí, no lo niegues... ¡El maldito juego!

—Sí, he sido yo...

—¿Y cómo me las arreglo yo ahora con Wells?

—Dile que no encuentras la llave del cofre.

—Espera... no hay momento que perder. Voy a despedir al señor Wells y veremos la manera de salir del compromiso.

Volvió Julia donde esperaba Roberto Wells.

—No encuentro la llave del cofre de caudales... Yo misma le llevaré el dinero a su casa.

—La espero a usted, Julia, y será con verdadera satisfacción que la recibiré en mi casa...

¡Adiós, Julia!

Roberto estampó en la mano de ella un apasionado beso que a ella le molestó sobremanera.

Hasta aquel momento no comprendió Alfredo el enorme alcance de la acción que había cometido, pues la felicidad y hasta el honor de su hermana estaban en peligro.

Al salir Roberto Wells de aquella casa se dió perfecta cuenta del terrible compromiso en que Julia se vería, pues coligió por la fisonomía de Alfredo toda la verdad. El amaba apasionadamente a Julia y la sacaría de aquel trance; por eso cuando el chófer le preguntó:

—¿A dónde, señor?

—Al Banco Central—contestó él—antes de que cierren la caja, pues me urge un cobro.

Julia y Alfredo están frente a frente. Este, con la actitud de un sentenciado a muerte; aquélla, desesperada.

—Pero, Alfredo, ¿tú sabes en qué situación me pones?... Para hacer una cosa así has tenido que perder el conocimiento, has debido volverte loco. ¡Es increíble!... ¡Dios mío!...

—Sí, sí; loco estaba, con la obsesión del juego: jugué, perdí, quise reponerme con una combinación fantástica y, de mil en mil, desaparecieron las cien mil pesetas.

—¡Oh!... ¡Qué desgracia!... ¿Y cómo lo vamos a hacer?

Desde aquel momento, sólo pensó Julia en reunir aquella cantidad que representaba el honor de su esposo, la reputación de su hermano y su propio bienestar.

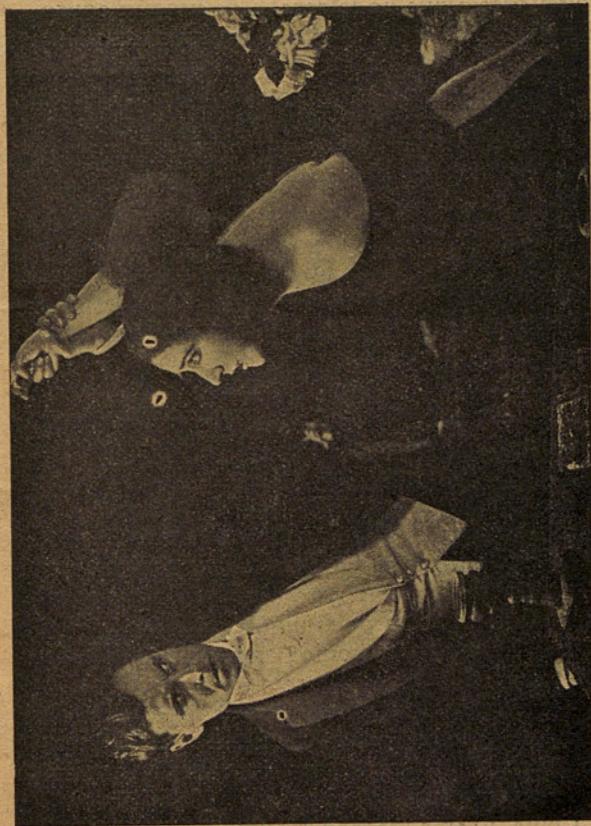
Reunió todas sus joyas y fué a ver a uno de esos mercaderes sin conciencia, quien bajo pretexto de compra y venta de joyas de ocasión, explotan las situaciones apuradas, enriqueciéndose a costa de las riquezas de quienes es adversa la inquieta Fortuna.

—Todas estas joyas, señora, tienen un gran valor artístico, que no se cotiza en el mercado; pero las piedras son medianejas; no puedo dar por ellas más de veinte mil pesetas.

—¡Imposible!

—No doy más.

Julia desistió de enagenar las joyas por



Julia, ya en posesión de su volúntad, no se dejó vencer, gracias a sus vñas y a sus dientes... (p. 25).

aquel precio que no la sacaba de ningún apuro y se determinó a recurrir a la buena amistad de los que se titulaban sus mejores amigos. Pero como la amistad es una cuerda que nos une con otras personas cuando no las necesitamos y se rompe al solicitar el primer favor, resultó que Julia perdió el tiempo y la amistad sin lograr obtener el dinero prestado. Una decíale:

—Bien sabes, querida Julia, que por la antigua amistad que nos une, quisiera ayudarte... pero estoy en una situación crítica, las facturas de modista y joyero me han dejado sin una peseta.

Otra:

—Si hubieses venido ocho días antes hubiese podido complacerte; pero hoy, hija, me es imposible.

Y todas sus amistades por el estilo.

Por su parte, Alfredo Garnier tampoco perdonaba esfuerzo ni gestión para lograr reunir las cien mil pesetas; pero su intento también fracasó y entonces determinó a hipotecar las fincas de su patrimonio; mas el agente le contestó:

—Sus fincas tienen un valor aproximado de cien mil pesetas; pero los trámites de la hipoteca necesitan para su gestión más de un mes, y yo no dispongo por el momento de esta suma.

Como última gestión, Alfredo Garnier fué a solicitar un préstamo a uno de esos vampiros

que se complacen y medran en la desgracia ajena, como las aves de rapiña se gozan, destrozando las entrañas de sus víctimas: ¡el usurero!

—Le prestaré todo el dinero que quiera; pero bajo la firma de una letra de cambio, avalada por su cuñado Luciano.

—Imposible, porque mi cuñado está en Londres.

—No es esto grave dificultad; firme usted por poder, como si realmente tuviera usted poderes legales.

Al oír esta canallesca proposición, Alfredo estuvo a punto de saltar al cuello del usurero; pero fuése, dirigiéndole una mirada de desprecio.

Perdida toda esperanza, Julia ve acercarse la inevitable catástrofe: la confesión de la falta de su hermano a Roberto Wells para que él salve la terrible situación de su esposo; pero ¿qué precio la exigirá Wells, que siente por ella una pasión violenta?... No, ella no venderá su honor; aunque le cueste la vida: es el don más preciado que ella sabrá defender con tesón.

Alfredo Garnier ya no sabe donde recurrir. Como el marino que al ver su nave en peligro se aturrulla y da órdenes contraproducentes, así él.

Tomada la última determinación, Julia se

vistió para salir; mas antes fué a ver a su hermano. Este estaba escribiendo en su habitación. Julia se le acercó y al ver que a su lado tenía un revólver cargado, lo tomó y metió en su bolso de mano, diciéndole:

—No me des el último disgusto, Alfredo, ten valor... Voy a dar un paso definitivo... Confía en mí. Yo sabré defender el honor de todos... Recuerda que el suicidio es la más villana de las cobardías... ¡Hasta luego, Alfredo!

IV

PROFANACIÓN

No ignoraba Alfredo Garnier los peligros que amenazaban a su hermana, y pensativo estaba sobre la actitud que él debía adoptar, cuando llamaron a la puerta. Era la doméstica que le llevaba una carta.

—El criado de don Roberto Wells ha traído esta carta para la señorita.

—Está bien—contestó el joven ingeniero tomándola.

Alfredo revolvía entre sus dedos aquella carta, temiendo que ella fuera el anuncio de alguna nueva desgracia como consecuencia de la falta de las cien mil pesetas. Estaba luchando consigo mismo sobre si la abría o no la abría. Al fin, pudo más la curiosidad y rasgó el sobre. La carta, firmada por Roberto Wells, decía:

Mi distinguida señora Leblanc: Teniendo en cuenta que su retraso en entregar las cien mil pesetas hubiera podido perjudicar grandemente a mi querido amigo Luciano, me he permitido pagar yo dicha cantidad, como un anticipo, cuyo reintegro no me urge.

Le suplico se digne aceptar el testimonio de mi mayor consideración.

Roberto Wells.

La lectura de aquella carta hizole desarrugar su frente y, en aquel momento, creyó en la nobleza de sentimiento de Roberto. Determinó visitarle para darle las gracias personalmente y para explicarle que él sólo es el culpable de lo ocurrido. Poniendo por obra su pensamiento, Alfredo coge su sombrero y sale de casa, con el corazón menos apesadumbrado.

.....
Llega Julia ante la verja del chalet que ha-

bita Roberto Wells y, antes de llamar, siente que toda su dignidad de mujer honrada se su-
bleva. Dos veces intenta llamar y otras tantas
su mano cae bajo el peso de la responsabilidad
en que iba a incurrir. Aquellos minutos de es-
pera bastaron para escudar su voluntad tras
el recuerdo del esposo adorado y del deber de
madre. Llamó. Transcurrieron unos segundos.
Al ver que el propio Roberto bajaba a abrir la
puerta del jardín, exclamó extrañada:

—¡ El !

Por su parte, Wells vió a Julia y tuvo una
gran alegría. Una exclamación se le escapó
del pecho:

—¡ ¡ Ella !!

Después de abrir, dijo Roberto por todo
saludo:

—Julia, prdone el que la haya hecho espe-
rar. Mi criado no ha regresado todavía.

—Dispéñeme, don Roberto, que venga so-
la. Debo hablarle de un asunto muy impor-
tante.

Roberto Wells condujo a Julia al salón del
chalet.

—Tome usted asiento, Julia.

—No, permítame que no acepte su invita-
ción. Terminaré pronto.

—Julia, ¿ está usted indispueta?... Está us-
ted lívida.

Julia, en efecto, estaba pálida como una

muerta; sus labios le temblaban y sus piernas
apenas la podían sostener. Y es que las terri-
bles emociones de aquellos días y la lucha que
sostenía su alma entre su propio honor y el



— Alfredo, este hombre ha profanado mi cuerpo (p. 25)

honor de su esposo que estaba en entredicho,
la habían aniquilado. Parecía que le iban a
faltar las fuerzas para dar cima al paso que
estaba dando.

—Don Roberto, he de hablarle en nombre
de la amistad que le une a Luciano.

—¿Cómo?... ¿No viene usted a darme las gracias?... La he librado de un serio compromiso. A estas horas ya nada deben temer ni usted ni su esposo... Todo está arreglado.

—No comprendo el significado de sus palabras.

—Pero ¿no le ha entregado mi criado una carta?

—No he visto a su criado.

—Habrán salido usted de su casa antes de que mi criado llegara a ella... Ya no me admira su extrañeza.

—¿Y qué me decía usted en esa carta?

—Cuando fui ayer tarde a llevarle la de su esposo, leí en los ojos de su hermano Alfredo la verdad de la situación en que usted y su hermano se hallaban. Ayer y hoy la he seguido a usted, he comprendido su angustioso apuro y he pagado las cien mil pesetas en nombre de su esposo, librándole así de la odiosa campaña que contra él habían suscitado sus enemigos políticos.

—¡ Muchas gracias !—agradeció sencillamente Julia—. Ha hecho usted honor a la amistad que le une con mi esposo.

—No, Julia, no; usted sabe que yo la quiero y lo he hecho por el amor que siento por usted.

Al decir esto Roberto quiso tomar las ma-

nos de la esposa de su amigo; pero ella, indignada, dió un paso atrás.

—¡ Respete usted a una mujer honrada !
¡ Yo no conozco más que al amigo de mi esposo !

—¡ Julia !—calmó Wells ebrio de pasión.

La señora de Leblanc llevóse la mano a la cabeza. Un sudor frío inundaba su frente. El estado de su ánimo, sus emociones, su debilidad y el efecto producido en su ánimo por las últimas palabras de Roberto Wells, causaronle un desvanecimiento y quiso irse; pero las fuerzas le faltaron y cayó en una butaca desmayada.

Roberto la cogió por el talle y la recostó en una chaise-longue. En vez de auxiliarla, Roberto, la contemplaba apasionado: ya tenía en su poder a la mujer por quien suspiraba, en la que pensaba día y noche. Sus ojos, color de cieno, se extasiaron con ansias de sátiro en aquella hembra ante la que se arrodilló en idólatra y satánica adoración de la materia. Posó sus impúdicos labios sobre los labios de ella y aquel hombre, olvidando todos sus deberes, se convirtió en el ser más degradado de la creación.

.....

Roberto Wells recogió del suelo el bolso de Julia y al palparlo y notar que llevaba en él

un revólver—el que la señora Leblanc había tomado a su hermano—sonrió de un modo amargo, murmurando: «El arma de que se había provisto para defender su honor... El águila pudo más que la paloma... Ella me aborrecía.» Arrojó con desprecio el arma al suelo y volvió a contemplar a su víctima. Poco a poco la señora de Leblanc fué recobrando el conocimiento. Cuando pudo darse cuenta de su situación, dirigió a Roberto una terrible mirada de odio y de asco, mirada que hizo estremecerse al malvado: todo su ser temblaba de odio ante la conducta infame del que se titulaba amigo de su esposo.

Julia se incorporó. Apretando los ijares y con los puños crispados escupió en el rostro del sátiro:

—¡ Miserable!! ...¡ Cobarde!!... ¡ Con qué placer le arrojaría al rostro su asqueroso dinero!... ¡ Ahora comprendo toda la villanía que encierra su alma!

—Puede usted insultarme. No quiero defenderme. La amo y la pasión me dominó.

—¡ Cobarde y vil reptil, le maldigo!

—Julia!... ¡ Compadézcase de mi amor!

Roberto quiso de nuevo abrazarla; pero ella forcejeó por desasirse de él y mientras luchaba para evitar en su rostro el contacto de aquellos labios lascivos, vió el revólver en el suelo, pudo agacharse y cogerlo; pero él le

agarró la muñeca y pudo desviar el tiro. Y mientras luchaban el halcón y la paloma, ambos cayeron al suelo. Julia, ya en posesión de su voluntad, no se dejó vencer, gracias a sus uñas y a sus dientes: la mujer honrada había salido victoriosa.

.....

Julia se disponía a salir de la casa de Wells y éste, cínicamente, le ofrendó un ramo de rosas; la señora de Leblanc lo tomó y le dijo con infinito rencor:

—¡ Miserable!... ¡ No merece usted más que esto!—y con el ramo le cruzó la cara varias veces.

.....

Alfredo Garnier, había salido de su casa, dirigiéndose a la del señor Wells. A ella llegó y al despacho de dicho señor en el momento en que su hermana pronunciaba las últimas palabras al mismo tiempo que le cruzaba la cara con el ramo de rosas, y lo comprendió todo.

—Alfredo—le dijo su hermana rechinando los dientes de rabia—, este hombre ha profanado mi cuerpo, ha hollado mi honor.

Garnier se volvió rápidamente hacia Roberto Wells y le abofeteó pronunciando una sola palabra, la más injuriosa para un hombre de honor:

—¡ Cobarde!!

Wells rechinó los dientes de rabia; hizo un ademán de arrojarse sobre Alfredo Garnier, pero se retuvo, pronunciando con calma aparente:

—No quiero escándalos.

—Volveremos a vernos—replicó Alfredo— y... saldaremos nuestras cuentas... ¡Vamos, Julia!

Algunos días después, Julia se sintió indispuesta. Se llamó al médico, quien dijo a la señora de Leblanc:

—Señora, un nuevo ser palpita en su seno.

Julia, aterrada, comunicó a su hermano la noticia. Alfredo pudo, por fin, reunir el dinero que Roberto Wells había adelantado, enajenando los bienes de su patrimonio, y con él fué a casa de éste.

—Por fin—le dijo—he podido reunir este dinero, aquí lo tiene... Nada hemos de agradecerle ya... ¡Miserable!... No puedo desafiarle por temor al escándalo; pero espero impaciente el día que pueda castigar su cobarde conducta.

Temiendo Alfredo que su hermana le impidiese ir a casa de Roberto Wells, se lo participó en un billete que Julia leyó cuando aquél ya había salido de casa. Decía así:

Querida hermana: He vendido mi patrimonio y con el dinero obtenido, he decidido pa-



gir hoy mismo a Roberto Wells el dinero que adelantó.

Te abraza tu hermano

Alfredo.

Después de leer esta carta, Julia temió por la vida de su hermano, a quien amaba tiernamente. «¡Dios mío—pensaba—, se batirá con Roberto, cundirá el escándalo; Luciano se enterará y su honor y el mío rodarán por los suelos. ¡Dios mío, sálvalo!» Y Julia, alocada, fuera de sí, pensando sólo en salvar a su pobre hermano y, sobre todo, en librar a su esposo del deshonor y a ella de la ignominia, púsose sobre los hombros una capa, encasquetóse el sombrero y salió precipitadamente, dirigiéndose al chalet habitado por Roberto Wells.

Sin hacerse anunciar, como una loca, penetró en el chalet en el momento en que Roberto se disponía a salir.

—¿Usted?

—¿Dónde está Alfredo?—demandó azorada.

—Sí, su hermano ha estado aquí; me ha devuelto el dinero que adelanté a Luciano, y ha partido como un loco, ciego de cólera. Yo obro siempre con más tranquilidad y he despreciado sus bravatas. El Dr. Roberts, su médico y mi amigo, me ha anunciado una nueva que hace preciso mi silencio; pues una indiscreción mía podría hacer nacer en la mente de Luciano

una sospecha atroz, y como la primera víctima sería usted, Julia, no quiero hacerla desgraciada, pues... la amo a usted aún con más pasión.

Julia dió unos pasos atrás, como para precaverse de cualquier desmán del cínico sátiro y le espetó al rostro con un desdén infinito:

—Yo soy inocente... Sigo odiando a usted con toda mi alma... ¡Jamás logrará mi amor!

Julia se iba. Roberto Wells le dijo:

—Julia, yo mismo castigaré mis deseos que tanto la ofendieron. Partiré lejos para procurar olvidar.

Julia oyó estas palabras mientras salía y, por toda contestación, sin ni siquiera mirarle, exclamó:

—¡Canalla!

V

LA CONFESIÓN

Julia de Leblanc lloraba su desventura, fluctuando su espíritu entre dos terribles pensamientos que le corroían el alma: decir toda la verdad a su esposo o disimular.

En esta horrible duda quiso consultar su caso con su confesor, anciano religioso capuchino, sabio teólogo, sacerdote prudente y caritativo. Solicitó una audiencia y aquella misma tarde, el buen fraile la recibió a solas.

Julia contóle su desgracia sin omitir ni el más nimio detalle. Puesto el Padre en antecedentes, dióle su parecer:

—Esa desgracia moral que pesa sobre tu alma, no te hace absolutamente culpable y puedes estar convencida de que, por espantosas y trascendentales que sean las consecuencias de este accidente, no habiéndolo promovido una imprudencia tuya, eres inocente. Según la teología, para que haya falta grave es preciso que concurran a la vez tres circunstancias: materia grave, libre advertencia de espíritu y deliberado consentimiento de la voluntad. Faltando cualquiera de estas tres circunstancias, no hay falta. Ahora bien, en tu caso, no ha habido por tu parte ni advertencia ni consentimiento. Quedamos, pues, en que no eres culpable, y tu conciencia debe quedar tranquila.

Vamos a razonar la segunda parte de tu consulta. Las circunstancias que concurren en tu caso son realmente excepcionales y estas circunstancias te imponen guardes un silencio sepulcral sobre las que han concurrido en la profanación de tu cuerpo. Hija mía, de dos

males hay que escoger el menor. Si tu esposo se enterara de tu estado es seguro que despertaría en él sospechas y, estas sospechas podrían destruir tu felicidad y la felicidad de tu hogar. Si confesaras la verdad a tu esposo, quizás despertaría en él unos celos espantosos que jamás podría alejar de su mente. En consecuencia yo te aconsejo que no le digas la verdad. El fruto que nacerá de ti lo creará hijo suyo y no se interrumpirá la felicidad de tu hogar.

—Gracias, Padre. Obraré como me aconsejáis.

—Dios te ha destinado a que seas una esposa mártir, soporta con valor tu martirio y Dios te lo tendrá en cuenta.

—Gracias, Padre.

VI

CINCO AÑOS DESPUÉS

Han transcurrido cinco años y la familia Leblanc sigue su vida feliz de otros tiempos. Los esposos parecen felices. Julia reparte su cariño entre su esposo y sus hijas. Luciano

no ha sido nunca tan feliz como ahora y jamás quiso tanto a su buena esposa.

Un día el señor Leblanc leyó en el diario:

Están ultimándose los trabajos para el tendido de la vía férrea que unirá el desierto de Amaska con un número de importantes poblaciones. Las obras, dirigidas por el notable ingeniero Alfredo Garnier, son un prodigio en el que se han aplicado los modernos procedimientos...

—Oye, Julia—llamó el señor Leblanc—, mira lo que dice el diario. ¿Quién hubiera dicho nunca que aquel muchacho noctámbulo y calavera fuera capaz de trabajar como un héroe?

Tenía razón Leblanc; pero su esposa comprendía perfectamente lo duro que había sido el remedio para curar del vicio del juego a aquel joven. Difícilmente cura un joven de la terrible enfermedad del juego; pero la tragedia de cinco años antes había sido terrible, y Alfredo Garnier tomó la firme resolución de no volver a pisar una sala de juego. El trabajo le había regenerado.

Los puros goces del hogar han borrado de la mente de Julia el recuerdo ingrato del pasado.

Mientras los esposos están comentando el suelto del periódico, las dos niñas llegan corriendo donde están sus papás lanzando al



— ¡Habla!... ¡Ten piedad de mi atroz suplicio! (p. 49)

aire sus ayes lastimeros y haciendo pucheritos.

—¡Papá!... ¡Mamá!... El pajarito se ha escapado de la jaula.

En efecto, jugando las niñas habían abierto la puerta de la jaula y el jilguero se había libertado de su cárcel dorada.

—Vamos, no lloréis—las consolaba el padre—, dejemos la jaula abierta y el pajarito volverá.

—Papá, pon un papel que diga: «Vuelve, pajarito».

Y el señor Leblanc obedeció. Escribió en una hoja de papel: «Vuelve, pajarito; Mimí y Marcela te esperan».

VII

LA VUELTA DEL SÁTIRO

Al día siguiente llamaron a Julia al teléfono. Al oír aquella voz tan conocida como odiada, la señora de Leblanc se estremeció de pavor. Felizmente estaba ausente su marido. Por la contestación de Julia podemos colegir la conversación.

—¿Otra vez con sus imposibles súplicas de

amor?... No, ni una entrevista... Le prohibo poner los pies en esta casa, ni atravesaros de nuevo en mi camino...

Julia no dijo más y colgó el auricular, quedando aterrada por las consecuencias que pudiera acarrear la presencia en su hogar donde ella había buscado un refugio y un reposo a sus pasadas penalidades. Aquel hombre, el impío Roberto Wells, resurgía otra vez con sus locas pretensiones de un imposible amor, como una pesadilla mortal.

Julia cayó en un sillón anonadada, mientras las niñas gritaban alegres, sacándola de su ensimismamiento:

—Mamá, mamá, dos pajaritos han regresado a la jaula. Son tan iguales que no podemos saber cual es el nuestro.

El padre, que entraba en aquel momento, oyó la observación de sus hijas y exclamó:

—Para no equivocarnos, queramos a los dos y así estaremos seguros de querer al nuestro.

La madre al oír esta máxima, se estremeció. Por una coordinación de ideas comparó los pájaros con sus hijas, y pensaba: «¡Pobre Luciano, si supiera que es lo que él hace con estas dos niñas: queriendo a las dos está seguro de querer a la suya!»

Al día siguiente Julia recibió una carta que decía:

Por última vez imploro la dicha de verla; no me obligue a provocar un escándalo, visitando su casa con peligro de ser arrojado de ella por su hermano Alfredo. No me lo niegue, pues de lo contrario será inevitable que estalle mi odio y origine un conflicto del que todos saldremos perjudicados. Poco me importa perder la vida por su amor.

Su desesperado

Roberto.

Villa Julieta. «El Parral».

Temiendo que Roberto lleve a cabo sus amenazas, Julia pensó en escribirle para rogarle refrene su insana pasión; pero, después de reflexionar un momento, desistió de su propósito, viniéndole a la mente la máxima: *Scripta manent* (lo escrito permanece) y optó por el camino más corto: irle a hablar personalmente. «El Parral» era una aldehuela que distaba unos veinte kilómetros de la ciudad en donde residía la familia Leblanc.

Aquella tarde el señor Leblanc debía ausentarse de casa para asuntos de negocio. Julia pensó en aprovecharla para terminar de una vez tan enojoso asunto y convencer para siempre al hombre que había ensombrecido su existencia, amargándole la vida, tronchando del jardín de su dicha la flor venturosa de su felicidad... ¡Pobre Julia!... Su espíritu la engañaba... No pensaba más que en evitar

el golpe que le amenazaba y, sin darse cuenta, iba a meterse ella misma en la boca del lobo.

Antes de salir de casa, se previno metiendo en su bolso un revólver; luego tomó un taxi y partió para «El Parral». Llegado el taxi a un viraje de la carretera distante unos doce kilómetros de la ciudad, el automóvil se paró en seco. Apeóse el chófer, examinó el motor y dijo:

—Señora, una avería del motor nos impide proseguir nuestro camino.

—¿Tardará mucho tiempo en arreglarlo?

—Quizás dos o tres horas.

Julia bajó del coche y el chófer se puso en mangas de camisa para proceder al arreglo del motor.

No habrían transcurrido diez minutos cuando oyeron el zumbido de otro automóvil que parecía venir en sentido opuesto al que Julia seguía.

—Un automóvil se acerca—dijo Julia.

—Voy a hacerlo parar; pues me parece que solo, me va a ser imposible de arreglar la avería.

Y diciendo esto, y al oír cada vez más fuerte el ruido del automóvil que se iba acercando, el chófer se adelantó, púsose en medio de la carretera con los brazos abiertos haciendo señas de que se parase el coche que a toda marcha se dirigía a la ciudad.

Era un soberbio Renaud y el único ocupante, el que lo dirigía, saltó a tierra.

—¡Roberto!—exclamó azorada Julia.

—¿Cómo?... ¿Usted aquí, Julia?... Hacia su casa iba.

—¡Y yo a la suya!—pronunció la señora de Leblanc con aire de enfado.

Julia y Roberto separáronse a un lado de la carretera para sustraerse a los oídos indiscretos del chófer, que se puso a reanudar su trabajo, convencido de que no recibiría ayuda de nadie.

—Me dirigía a su casa para impedir que usted volviera a aparecer en mi camino; para prohibirle terminantemente hablarme ni escribirme.

—Cinco años, Julia, he estado lejos de usted, procurando olvidarla; mas todo ha sido en vano. Mi corazón inantado con un deseo insano de poseerla me ha hecho volver a su lado.

—Al revés de lo que me ha pasado a mí, que soy tanto más feliz cuanto más alejado se halla usted de mí... Váyase, váyase lejos de mi presencia. Su solo nombre me horroriza, me causa usted un asco infinito, una repugnancia mayor que la que me causa un vil escorpión. Es usted un ser indigno de hablar con una mujer honrada. Su baba inmundada es venenosa como la de las víboras. Me dirigía yo a



— Porque ella no es hija mía. Sólo tú eres hija mía (p. 53)

su casa para decirle que no apareciera usted en mi camino; para prohibirle hablarme y escribirme. Hasta su sombra me causa pavor.

—Piense, Julia, que esos insultos no son la mejor manera de corresponder a mi amor. Piense también que estoy en posesión del terrible secreto que los dos sabemos, juntamente con su hermano Alfredo, y que divulgando ese secreto podía hacerla desgraciada a usted y a su esposo.

—¡ Miserable !... ¡ Cínico !... ¡ Cobarde !...

—Julia, recapacite lo que más le conviene. Yo, durante ocho días no iré a su casa ni promoveré ningún escándalo; pasados ocho días, si usted no se doblega a mis exigencias, obraré en consecuencia y le exigiré a mi hija.

—¡ Oh !... ¡ Maldito sea usted, miserable musaraña venenosa !

—Vamos, Julia—aconesjó Roberto con cínica calma—, no se sulfure y piense en lo que más le conviene. Y ahora si quiere usted aprovechar mi coche, la llevaré a su casa.

—No, márchese.

—Señorita—dijo el chófer—, le dije que tardaría dos o tres horas y ahora veo que me será imposible arreglar el motor. Me faltan dos piezas que se han estropeado.

La señora de Leblanc se estremeció al pensar que su esposo pudiera llegar a casa antes que ella. Eran las cinco de la tarde. Su esposo

no volvería a casa hasta las siete; pero ¿cómo podría estar en casa recorriendo doce kilómetros a pie y por carretera?... ¡ Imposible !... Midió las fatales consecuencias de su retraso, por las explicaciones que debería dar a su esposo... Por otra parte, si aceptaba la invitación de Roberto Wells, antes de media hora podría estar en su casa; su marido no se enteraría de su salida. Además, Roberto le había prometido dejarla tranquila durante ocho días. Volvióse hacia Roberto:

—¡ Acepto su coche !

Subió a él la señora de Leblanc y, ya acomodada en el asiento del interior y mientras Roberto, desde el volante, ponía el coche en marcha, ella abrió su bolso y disimuladamente quitó el seguro de la pistola, pensando: «Por si acaso.»

Trepidó el motor y el coche arrancó a gran velocidad.

Aquel trozo de carretera está erizado de peligros a causa de los virajes rapidísimos que existen, bordeados de grandes precipicios cortados a pico. Al pasar frente a la casa de labranza llamada de San Marcos, al volver un recodo de la carretera, Roberto Wells, queriendo evitar atropellar a un viandante, dió demasiado vuelo al volante y precipitó el coche fuera de la carretera, cayendo a un precipicio de unos seis metros de altura. El auto-

móvil quedó hecho trizas y sus dos ocupantes tan mal parados que los labriegos que acudieron prestamente desde la casa de labor, los creyeron muertos. Roberto Wells había sido despedido a gran distancia y había dado de cabeza contra un árbol; Julia de Leblanc aparecía también desmayada; pero al parecer había sufrido menos que el primero.

Los aldeanos llevaron a los heridos a la casa y prodigáronles los primeros cuidados, lavándoles las heridas con vino y vendando la cabeza de Roberto que presentaba una herida bastante profunda en la cabeza. Con urgencia se llamó al médico del pueblo cercano que constató una herida de pronóstico reservado con conmoción cerebral en el caballero y magullamiento sin gravedad en la señora. Antes de que los heridos volvieran en sí hallaron en el bolso de la señora, que recogieron en el lugar del siniestro, una tarjeta de ella con su dirección y el médico ordenó que se fuera al pueblo y telefoneasen al señor Leblanc, anunciándole el siniestro.

VIII

EN LAS GARRAS DE LA DUDA

Don Luciano Leblanc había llegado a su hogar a las siete de la noche. No extrañó, de momento, la ausencia de su esposa; pues suponía había salido de compras. Púsose a divertirse con sus hijitas Mimí y Marcela. A las ocho empezó a impacientarse. Momentos después, la camarera avisó al señor Leblanc:

—Señor, la cena está servida.

—Oye, ¿no te ha dicho nada la señorita al salir?

—Nada, señor.

—Me extraña su tardanza... ¿Si le habrá pasado algo?...

—¿Cena ahora el señorito?

—Haz cenar a las niñas; yo espero a la señora.

En aquel momento llamaron al teléfono. Luciano tomó el auricular. Púsose pálido como la cera virgen:

—¿Cómo?... ¿Mi señora?... ¿En el cruce

de la hacienda de San Marcos?... ¡¡ Gravísima!... ¡ Vuelo a su lado!

Luciano no quiso oír más; salió precipitadamente de su casa, subió sobre el primer taxi que halló y ordenó al chófer:

—Por la carretera de «El Parral» a la cilla de San Marcos.

Minutos después Luciano Leblanc hallábas, al lado de su esposa que aún no había recobrado el conocimiento.

—¡ Julia!... ¡ Julia mía!

Ella tenía los ojos cerrados. Aún no se explicaba Luciano cómo ni por qué había salido Julia en automóvil por la carretera y ensimismado estaba pensando en esto, cuando le sacó de este pensamiento la voz del médico que aún enmarañaba más su extrañeza:

—Lo de la señora creo que no será nada de cuidado. El otro sí que está gravísimo.

—¿ El otro?—inquirió Luciano; y enseguida pensó para sus adentros queriendo borrar de su mente una atroz sospecha: «¡ Claro, el chófer!», y preguntó al médico:

—Doctor, ¿ dónde está el otro?

—En esa habitación. El peligro gravísimo consiste en la conmoción cerebral, que es bastante intensa.

—A ver... ¿ dónde está ese hombre?

—Entre, entre.

En un cuartito, sobre una cama modestísi-

ma, asistido por la vieja granjera que acababa de poner un trapo mojado en agua sobre su cara, estaba acostado Roberto Wells. De mo-



Los aldeanos llevaron a los heridos a la casa.

mento, como el herido tenía la cara tapada, Luciano no le reconoció. El mismo le quitó el trapo que cubría su rostro y... ¡ horror!

—¡ ¡ Roberto!... ¡ Mi esposa con él!... ¡ Dios mío, necesito la explicación de este misterio!

Los ojos de Luciano se le saltaban de las órbitas; su pecho era un hervidero de encon-

trados pensamientos que le retorcían el espíritu, como un manojo de víboras entrelazadas que se revuelven en infernal desesperación en una hoguera; la horrible tenaza de la duda parecía estrujarle el corazón, como una garra con uñas de acero.

Volvió hacia su esposa con los puños crispados, con los ojos en llamas, con el pecho hecho un infierno. La contemplaba con un aire de imbécil alocado, cuando ella, paulatinamente fué abriendo los ojos. Al ver a su esposo, tendió hacia él sus brazos, quiso incorporarse, pero fué tal su emoción que volvió a caer desmayada.

—¡Julia, Julia!—gritaba Luciano—. ¡Habla!... ¡Expílicate!

—Aquí tiene usted el bolso de su esposa!—le dijo el granjero.

Luciano Leblanc registró el bolso, hallando en él la última carta de Roberto Wells. La hojeó, y su extrañeza llegó al paroxismo, al leer:

...No me lo niegue, pues de lo contrario será inevitable que estalle mi odio y origine un conflicto del que todos saldremos perjudicados. Poco me importa perder la vida por su amor. Su desesperado

Roberto.

Por fin se hizo volver en sí a la señora de Leblanc.

—Dime, Julia, ¿cómo explicas el texto de esta carta?

Y le ponía delante de los ojos la hallada en su bolso.

—No me preguntes nada... Debes tener ciega confianza en mí... Jamás dejé de honrar tu nombre, que siempre ha sido sagrado para mí.

La *garra de la duda* tortura el alma de Leblanc con apreturas infernales.

Julia fué transportada a su domicilio. Al llegar a él, Luciano, como un alocado en cuya mente ha hecho presa una duda horrible, creyendo, en su ofuscación, que una de sus hijas es la prueba de la culpabilidad de Julia, llama a las dos niñas y las contempla queriendo descubrir en uno de los rostros algún parecido con Roberto Wells. Pero... ¡oh rabia!... No logra aclarar el negro velo del misterio. Las únicas pruebas que posee es el fragmento de la carta hallada en el monedero de su esposa y el ir ambos en el mismo automóvil al ocurrir la catástrofe. No tiene otras pruebas y éstas son insuficientes para condenarla... ¡Oh terrible duda, qué amarga eres! Ya no come, ni duerme, ni vive. La duda infernal se agiganta en su mente... ¿Cuál de las dos niñas será su hija?—piensa constantemente—. ¿Cuál de ellas merecerá su desprecio y su odio?

Y las observa; y nota como las dos nenas se aman con ternura...

IX

UN HOGAR FELIZ CONVERTIDO EN UN INFIERNO

Julia ya está convaleciente. Pero aquella casa que conoció la más hermosa de las venturas: la paz del hogar fundamentada en el mutuo amor de los esposos, acoge ahora en su helado asilo, la mayor de las desventuras: la duda de Luciano y el estado de inconsciencia de Julia, que ha perdido la memoria a causa de las emociones sufridas y del trágico accidente.

Por una parte el señor Leblanc tiene fe en su esposa, a quien cree incapaz de una acción tan villana; pero por otra, los indicios acusadores están ahí; y esos encontrados pensamientos traban reñida lucha en el turbado ánimo del esposo. Siempre que se halla en presencia de sus hijas surge de su cerebro la misma pregunta torturante, con angustias de pesadilla: «¿Cuál de las dos?...» Y siempre alerta, siempre espiando a su esposa, quiere descubrir en las caricias de Julia para con sus hijas, una involuntaria preferencia que la delate.

Peró la madre no tiene preferencias para ninguna de sus hijas, entre ambas reparte sus amores por igual.

En vista del estado de inconsciencia de Julia, el esposo ya no le habla más del asunto y prefiere sufrir interiormente las torturas de la infernal duda que le consume.

Cada día Luciano Leblanc telefona al hospital para saber si el estado de Roberto permite ya un largo interrogatorio. Pero la monja encargada del aparato siempre le da la misma respuesta:

—El enfermo sigue en el mismo estado de gravedad; aún no ha recobrado el conocimiento.

Entonces el pobre señor Leblanc quiere probar si su esposa le da señales de haber recobrado la perdida memoria y hace un llamamiento a su honor:

—No comprendo, Julia, como has podido olvidar por un momento tus sagrados deberes... ¡Responde!... Procura curar pronto, recobrar la memoria y desvanecer con tus justificadoras explicaciones esta duda que me tortura... ¡Habla!... ¡Ten piedad de mi atroz suplicio!

Julia escuchaba a su esposo sin que su semblante expresase ningún sentimiento; jamás contestaba una palabra. Aquel mutismo de la esposa era todo un poema de dolor.

○ A los diez días de ocurrir la catástrofe, al

comunicar Luciano telefónicamente con el hospital, como tenía por costumbre cada día, recibió esta contestación:

—El herido Roberto Wells ha recobrado el conocimiento... El peligro no ha desaparecido; pero él ha querido a toda costa abandonar el lecho y ahora está sentado, aunque sólo durante un par de horas, en un sillón.

Luciano voló al hospital para interrogar a Roberto, con el fin de llegar a conocer la ansiada verdad.

Hallábase el enfermo sentado en un cómodo sillón; pero no se podía menear, pues tenía el cuerpo magullado y lleno de heridas.

—Roberto, la circunstancia de hallarte en el mismo automóvil que mi esposa, me exige que te pida una explicación y que me la des clarísima; la necesito, Roberto...

—La explicación... pregúntasela a ella.

—Julia ha perdido la memoria y nada puede contestarme; sólo tú posees este secreto, tan precioso para mí. ¡Habla!

—¡No hablaré!

—Tu postración me impide castigar como se merec tu conducta reprobable... ¡Si algún día recobras tus fuerzas me darás la explicación que hoy te pido!

—¡No hablaré!

—Sólo suplico de ti un dato único... No me importan tus protestas de inocencia... ¡Quiero

saber cuál de las dos es mi hija!... ¡Responde!... No saldré de aquí sin saber tu respuesta.

Roberto bajó la cabeza. No podía soportar



— *Quiero saber cual de ellas es mi hija ¡Responde!*

la mirada airada, fosforescente de Luciano, quien al notar su silencio prosiguió enérgico:

—Esperaré hasta la muerte tu respuesta... No creo en tus falsos juramentos de amistad, ni en tus promesas de inocencia.

—Te repito, Luciano, que no lograrás que hable.

—¡Canalla!... ¡Traidor!... ¡Estoy para estrangularte!

La buena religiosa que estaba al cuidado del enfermo, dijo con santa unción:

—Señor, si ha pecado, Dios es el encargado de castigarle.

—¡Confiesa la verdad, miserable!

Roberto Wells quedó un momento pensativo. Una idea infernal había acudido a su mente y, ser ruin y rastrero, quiso ponerla por obra. Ahora sabía que Julia padecía un estado de inconsciencia; por otra parte deseaba vengarse de ella por no haber nunca accedido a sus criminales deseos y al propio tiempo causar la desgracia de Luciano que le acaba de insultar; ya tenía urdida en su degenerada mente el plan de su venganza. Y mintió el sátiro con un cinismo horrible:

—Luciano, voy a decirte toda la verdad, toda, sin ocultarte nada... Mimí es hija tuya.

—¿Y Marcela?

—Marcela, no.

—¡¡Oh!!... No quiero saber más.

Era falso cuanto Roberto acababa de decir. En su afán de vengarse de la esposa fiel y honrada, había mentido para convertir en un infierno aquel hogar casi deshecho ya por la desgracia. Y aquella mentira ha vinculado toda la maldad de su espíritu ruin, consciente del daño que causaba; y aquella falsedad era co-

mo una picadura de víbora en el corazón de Luciano que, desde aquel momento, quedaba emponzoñado con un odio terrible hacia Marcela y hacia la madre buena, santa, honrada, hacia aquella mártir que no había tenido más que un anhelo: confundir en un solo amor a su esposo y a sus hijas.

Ebrio de cólera, respirando odio por todos sus poros, llegó Luciano a su casa. Fué en busca de Mimí a quien abrazó. Marcela al ver como su padre acariciaba a su hermana, se abrazó a sus piernas; pero Luciano desprendióla con violencia y le dió un empujón que la hizo tambalearse y caer. Viólo la madre y corrió a socorrer a su hija que, acongojada, llorando a lágrima viva, clamaba abrazando a su madre:

—¡Papá no me quiere!... ¡Papá no me quiere!

—Papá—preguntaba Mimí—, ¿por qué ahora no quieres a Marcela?

—Porque ella no es hija mía. Sólo tú eres mi hija.

Aquellas palabras fueron un revulsivo para la madre. Dió un grito atroz y cayó desmayada. Acudieron las criadas y con un pomo de sales, que le hicieron oler, poco a poco Julia fué recobrando el conocimiento. Cuando volvió en sí, parecía que despertaba de un profundo letargo.

—Luciano, Luciano... Me siento curada... Empiezo a recordar... parece como que despierto de un largo sueño...

—Dime, Julia, ¿cómo es posible que tú me hayas faltado tan gravemente?

—Luciano, tenemos que hablar largo y seriamente; pero vale la pena de que estemos solos.

Un momento después los esposos hablaban seriamente en el despacho del marido.

—Explícate, porque tengo un infierno en mi alma y sería capaz de cometer una barbaridad. Yo no te creo capaz de mentir. ¡Habla!

—Si me crees culpable, tú no eres mi Luciano, el que tenía en mí tan ciega confianza.

—Julia, Roberto lo ha confesado todo.

—¿Qué es lo que te ha confesado ese monstruo?

—Que Marcela no es hija mía...

—Ha mentido... ¿No comprendes, Luciano, que esta es la última infamia de aquel hombre que juró vengarse de mi desprecio? Sí, ha mentido el miserable. Yo siempre le supe resistir, nunca hice caso de él. Quiero que sepas la verdad, la única verdad. Siéntate y escúchame.

Obedeció Luciano y Julia hizo el relato que conocemos: la partida de su esposo; la desaparición del dinero que Alfredo había perdido en el juego; el adelanto que Roberto había

hecho de las cien mil pesetas; la entrevista con Roberto y la desesperada lucha que hubo de sostener para defenderse de sus salvajes ins-



— ¡Julia!... ¡Julia mía! (p. 46)

tintos; la desaparición de Roberto durante cinco años; su vuelta; su carta y sus pretensiones; y, por fin, el motivo de hallarse juntos cuando el accidente automovilista. Y termina Julia su relación con las siguientes palabras:

—Roberto está exasperado porque han sido

vanas todas sus artimañas y todas sus súplicas; por eso ha cometido la última infamia, calumniándome para que tú me alorrezcas.

Luciano estaba pensativo mirando al suelo, como absorbido por un solo pensamiento: «¡Marcela no es hija mía!...» Al ver que no contestaba nada, su esposa le preguntó:

—¿No me crees?... ¿Darás más crédito a sus palabras, inspiradas en el odio, que a las mías, dictadas por el más puro de los amores?

Callaron ambos; en el espíritu de Luciano rebullía siempre la misma idea que le obsesionaba: «¡Marcela no es mi hija!»

En aquel momento llegó una sirvienta diciendo que habían tenido que meter en cama a Marcela afectada por un ataque de nervios. Está llamando a su papá.

—Luciano, por nuestro amor, ten compasión de tu hija y de tu esposa: las dos somos inocentes.

—Yo no tengo más que una hija, que es Mimí. Vete tú con Marcela.

La madre corre al dormitorio de su hija que grita excitadísima agitándose en el lecho como una furia:

—Quiero que venga mi papá... Quiero ver a mi papá... Quiero que papá me bese.

El corazón de aquella madre mártir, de aquella esposa modelo, se partía de pena al ver a la hija de sus entrañas en aquel estado que le

podía producir una meningitis aguda. La crisis produjo en la niña una fiebre muy alta y se llamó al médico.

El doctor, ante la gravedad del estado de la niña, demandó el auxilio del padre:

—Señor Leblanc—dijo el doctor—, sólo su cariño puede salvar a la niña; pero debe usted acudir pronto a su lado, porque la fiebre va en aumento y temo por su vida.

Pero Luciano, a impulsos de la duda horrible que le atenaza el alma, se resiste a acudir junto a su hija y loco, contesta fríamente al doctor:

—¡Que se muera!

Luciano se estremece a impulsos de un escalofrío que le ha hecho trepidar todo su ser... La niña le llama, su desprecio puede ocasionarle la muerte y él se resiste diciendo: «¡Que se muera!» Oye el trino de los dos pajaritos que saltan alegres en la jaula y recuerda el consejo que había dado a las niñas: «Queriendo a los dos pajaritos, querréis también al nuestro».

En aquel momento llaman al teléfono al señor Leblanc.

—Soy la hermana superiora del hospital... Roberto Wells ha fallecido, dejando un recado personal y muy urgente para el señor Leblanc. Momentos antes de morir, Roberto Wells ha pedido perdón a usted y a su santa esposa,

rogándome hiciera llegar a usted estas sus últimas palabras, entrecortadas por la agonía: *He mentido a Leblanc... Julia es inocente.*

Luciano sólo contesta a la religiosa:

—¡Gracias, gracias, hermana!

Y dejando el auricular echó a correr hacia el dormitorio de Marcela.

—¡Marcela, hija mía!—clamó el padre abrazando a su hija.

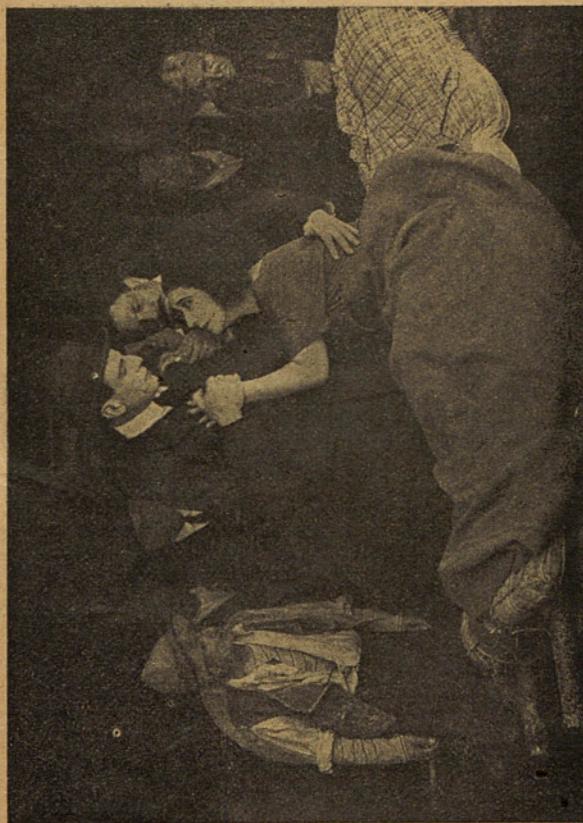
—¡Papá, papaíto mío!...—exclamó la enfermita agarrándose fuertemente al cuello de su padre—. ¡Pobre Marcelita—proseguía la niña con candidez—, que ya no tenía papaíto!... ¡Tú eres mío, papaíto! Tú me quieres, ¿verdad?

—Sí, sí, hija mía, te amo con toda mi alma... ¡Perdóname!

Pronunciaba estas palabras Luciano llorando a lágrima viva, mientras Julia, abrazada a Mimí, sollozaba; pero esta vez de alegría. Marcela no cesaba de besar y acariciar a su padre, estrechándole entre sus bracitos y le repetía:

—¡Oh, papaíto, cuánto te quiero!

Y como al corazón no se le engaña y la voz de la sangre habla con una elocuencia abrumadora, Luciano cree en la inocencia de su esposa; la duda va esfumándose en su alma y la tormenta parece alejarse...



X

Y VUELVE A BRILLAR EL SOL DE LA FELICIDAD

Alfredo Garnier se había enterado por los periódicos llegados recientemente, del accidente automovilista acaecido a su hermana y a Roberto Wells; tomó el primer tren para Dakar y en este punto solicitó pasaje en uno de los aeroplanos de la Compañía Latecoère, que lo llevó a Marsella y al día siguiente se presentaba en casa de sus cuñado y hermana.

—¡Oh!... Alfredo, ven a mis brazos...— Ambos cuñados se estrecharon efusivamente.

—¿Y Julia?—preguntó con interés Alfredo Garnier.

—Muy buena. ¿Sabes que estuvo a punto de matarse?

—Por eso he venido. Me he enterado por la prensa llegada el domingo pasado... Las cartas y los diarios tardan un mes.

—¿El domingo?... Si hoy es miércoles.

—He venido volando; pero volando de verdad en un aeroplano de la Compañía Latecoère.

—No te creía tan valiente.

—Ya te diré, Luciano, tratábase de algo más que de la salud de Julia. Al ver mezclados sus dos nombres creí en una nueva infamia de Roberto Wells...

Alfredo Garnier calló. Ignoraba él si Luciano estaba al corriente de la villana acción de Roberto y de la sustracción que él había hecho de las cien mil pesetas hacía cinco años, y no quiso soltar prendas. Ya se arrepentía de haber pronunciado aquellas palabras; pero Luciano le hizo volver en sí con esta pregunta:

—Oye, oye... ¿Una nueva infamia, dices?

Como si no hubiese comprendido la llamada, Alfredo dió un golpecito en el hombro de su cuñado y disimuló:

—¡Vaya, hombre, vaya!... Oye ¿dónde está Julia?...

—Ahí la tienes.

—¡Alfredo!... ¡Oh!... ¡Qué morenazo!... ¡Chico, si pareces un negrito!... ¡Qué guapote estás!... ¿Qué de bueno te trae?

Los hermanos se abrazaron.

—¡Morenazo... negrito... guapote!... Vaya, que no sé a qué carta quedarme... ¿Cómo estás?

—Muy bien, rico, ¿y tú?

—Yo, ya lo ves, pensando tanto en vosotros que al saber que tú te habías accidentado he venido volando.

—Hijo, pues si llegas a correr un poco más

llegas para el casamiento de tus sobrinas... Habrás venido en un cascarón de galápagos.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo *deprisa* que has *volado*... ¡Ja, ja, ja!

—Pues, sin figuras retóricas, he venido volando... Hasta el domingo pasado no supe lo de tu catástrofe. El domingo por la noche salí para Dakar, el lunes por la mañana, allí tomé pasaje en un avión de Latecoère, que hace el recorrido Dakar, Túnez, Málaga, Barcelona, Toulouse, y esta mañana he salido de Toulouse en el rápido Burdeos-Marsella y... aquí me tienes.

—¿Ya sabes quién iba conmigo en el auto cuando caímos en el precipicio?

Alfredo Garnier, queriendo evitar hablar de aquel hombre que evocaba en su mente días desgraciados para él, cambió bruscamente de conversación:

—Vamos a abrazar a tus *churumbelitas*.

—Están muy guapas—dijo Julia, alegre.

—Julia—mandó Luciano—, vete a que preparen las habitaciones de Alfredo... Déjanos solos n momento.

Salió la señora Leblanc:

—¡Hasta luego!... Después verás a las niñas.

Salió Julia y cerró tras sí la puerta.

—¡Siéntate!—ordenó Leblanc—. Alfredo, noto que evitas hablar de la persona que se

hallaba en el auto con tu hermana cuando lo del accidente.

—¿De Roberto Wells? No quiero hablar de él, porque prefiero hablar con él, entenderme con él, a causa de una cuenta pendiente muy vieja y muy sagrada.

—Para eso, Alfredo, debieras haber llegado antes. Ahora es ya algo tarde.

—¿Por qué?

—Porque Roberto Wells ha muerto.

—Es la única cosa bien hecha que hecho en este mundo: morir a tiempo.

—Roberto Wells ha muerto; pero antes de morir me hizo comprender, o me quiso hacer comprender, que tu hermana me había sido infiel.

—¡Falso!... ¡Falso!

—Sí, se rectificó antes de morir; pero ¡cuánto he sufrido!... Tú, Alfredo, que sabes algo, acaba de tranquilizar mi alma. Dime la verdad como si te confesaras.

Alfredo Garnier se acomodó en su asiento; puso una pierna sobre la otra; sacó dos cigarrillos egipcios, uno de los cuales entregó a su cuñado, y empezó su relato. ¿Para qué repetirlo? Ya lo conoce el lector. En este relato hizo resaltar la honorabilidad de su hermana, y con sus revelaciones, confesando su culpa, acabó de desvanecer la duda aferrada en la mente de Luciano.

—Jugué y perdí—terminó Alfredo—, más luego, vendiendo mis fincas, pagué a Roberto Wells, ese falso amigo, que traicionó la confianza que en él tenía puesta.

—Gracias por tus revelaciones, Alfredo.

Llegó Julia y por la alegría pintada en el rostro de su esposo coligió toda la conversación:

—¿Aún no han terminado las confidencias?

—Sí, Julia; la llegada de tu hermano ha acabado de convencerme de que eres un ángel.

—¿Comprendes ahora que siempre te permanecí fiel?

—Sí, esposa amada, ven a mis brazos.

Y los de Luciano, al atraer a su esposa contra su pecho, borraron para siempre la desconfianza y el recelo, en mal hora admitidos en su mente ofuscada.

—Julia—pronunció Luciano Leblanc—, nos quedan días luminosos de amor y felicidad. Nuestras hijas esperan de nuestro amor su venturoso porvenir.

Y en aquel hogar que el vicio de un hombre había convertido en un infierno y amenazaba destruir, el amor, luz de las almas, hizo resplandecer, con claridad meridiana, el sol de la felicidad.

FIN

3
¡¡ ÉXITO ASOMBROSO !!

Coleccion Vd.

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

Núm. 1 Ramper «El cómico más cómico
de todos los cómicos»

*Chistes : Colmos : Cuentos : Chascarrillos
Canciones y la biografía de este artista*

Obsequio de una tarjeta postal
firmada por RAMPER



Núm. 2 Mercedes Serós Ídolo de
los públicos.

Biografía : Anécdotas : Cuplets : Tonadillas

Obsequio de una tarjeta postal
firmada por MERCEDES SERÓS



Núm. 3 Elvira de Amaya Nueva y
bellísima
estrella.

Biografía : Cuplets : Canciones

Obsequio de una tarjeta postal
firmada por ELVIRA DE AMAYA



Cubiertas a dos tintas. Literatura amena, ilustrado
con fotografías

Precio popularísimo **30** céntimos